

Capítulo 5 - Parte 1 - La Justicia Merecida: Edición Revisada (MHA, OC)

- Capítulo 5 - Parte 1 - La Justicia Merecida: Edición Revisada (MHA, OC)

Capítulo 5 - Parte 1 - La Justicia Merecida: Edición Revisada (MHA, OC)

Estación de tren, Prefectura de Shizuoka.

La plataforma estaba menos concurrida de lo que pensaba, al igual que las calles; la magnitud sin precedentes del ataque en Musutafu ya comenzaba a afectar negativamente a quienes habitaban en la ciudad. Parte de esa ansiedad probablemente se debía al bloqueo informativo sobre los detalles del ataque, aunque ya se habían filtrado suficientes datos como para generar una incomodidad visceral entre la población. Sajin ahora formaba parte de la investigación, al igual que la fuerza policial, y todo esto ya estaba en marcha para esclarecer exactamente cómo habían ocurrido los hechos. Además, por lo poco que él pudo compartir conmigo, deduje que estaban movilizando detectives, agencias de héroes y todos los recursos posibles de las prefecturas cercanas para tener un control total de la situación.

El principal problema en estos momentos era la escasez de celdas seguras para encarcelar a todos los villanos capturados, y eso sin contar a los que aún no habían sido liberados del hospital. Aproximadamente un tercio del ejército invasor poseía quirks que dificultaban su confinamiento en celdas normales, por lo que ya estaban siendo trasladados a Tartarus, la prisión de máxima seguridad. Realizar todas las interrogaciones necesarias de manera exhaustiva iba a tomar meses.

El riguroso control de la información hacia el público probablemente buscaba privar a los villanos de la notoriedad que tanto ansiaban, pero, a su vez, alimentaba un silencio inquietante y desataba una oleada de especulaciones que bordeaban tanto la cercanía a la verdad como lo completamente absurdo. De repente, vi un destello de color rosa brillante y, al girar para comprobar, encontré a Mina de pie sola, a unos doce metros del andén, bloqueada previamente por la multitud. El tono de su piel parecía ser como una linterna para una bandada de polillas, y casi todos en línea de visión estaban mirándola. Me pregunté si podía ir a cualquier lugar en público sin que la estuvieran observando constantemente.

Era curioso cuán cómoda parecía en medio de aquella atención, y, en realidad, parecía incluso aprovecharla en lugar de evitarla. Un niño pequeño agitaba su mano en dirección a ella, tirando del brazo de su madre para que lo mirara, y Mina le sacó la lengua al niño. La madre alejó al niño de ella y Mina pareció frustrarse ante esa reacción, para luego poner las manos en las caderas. La observé seguir escudriñando las caras del entorno, claramente buscando a los demás que aún no aparecían, y su mirada recorrió mi posición sin reconocernos, hasta que sus ojos se cruzaron con los míos. Se sorprendió un segundo, casi como si hubiera dudado, y luego volvió a mirarme con

atención. Sentí una extraña urgencia de prepararme cuando empezó a caminar en mi dirección, la intención tan directa que provocó un instinto de precaución en mí—.

—Oye—, exigió Mina—, ¿Cuánto tiempo llevas allí parado?

—Unos minutos—, respondí.

—Es muy raro—, dijo Mina—, deberías haber mencionado algo antes. Si no hubieras estado mirándome fijamente, quizás ni siquiera me habría dado cuenta de tu presencia.

“Perdón por haber estado mirando fijamente; estaba perdido en mis pensamientos,” dije, “¿Puedo hacerte una pregunta, Mina?”

“Claro que sí, pero no necesitas pedir permiso primero, ¿sabes?” dijo Mina, inclinándose hacia adelante. “¿Pensaste que iba a mordere tu cabeza por hacer una pregunta?”

Eso parecía una reacción exageradamente violenta a una simple pregunta, y no lo había considerado en absoluto — ahora, el hecho de que chasqueaba los dientes me hacía preguntarme si no iba a intentarlo de todas formas.

“Estás recibiendo una cantidad inusual de atención por parte de las personas que nos rodean,” dije, “¿Es esto algo que siempre ha ocurrido?”

“Están obsesionados con mi apariencia: el cabello, los ojos, los cuernos y la piel,” dijo Mina, rascándose la mejilla. “He tenido todo eso desde que nací, y como luzco diferente a ellos, suelen quedarse mirando.”

“Supuse que sería así,” dije, “Naciste con tus rasgos heteromórficos, pero ¿cuándo se manifestó tu poder especial?”

“¿Cuando tenía como—uh, tres o cuatro años?” adivinó Mina, “Algo así.”

Tomé nota mental para preguntarle a Fumikage sobre su propia experiencia más adelante, con curiosidad de saber si nació con sus rasgos heteromórficos o si se desarrollaron más tarde.

¿Te molestaron por lucir diferente a tus compañeros?

Mina golpeó su puño contra la palma de su mano, con los ojos entrecerrados en finas rendijas.

“Sí—bueno, eso intentaron,” dijo Mina, visiblemente molesta. “Hubo un idiota que no dejaba de jalar mis cuernos cuando estaba en segundo grado, así que tuve que pegarle para que me dejara en paz.”

Asentí con comprensión; parecía que ella también había tenido su propio Haru.

“Fui percibida como alguien problemático durante un tiempo después de eso, pero mejoró en la secundaria,” dijo Mina, sonriendo ligeramente. “Estaba súper popular justo antes de venir aquí, así

que eso estuvo genial.”

Eso reflejaba mi propia experiencia en mi último año, resultado del Incidente en la Escuela Secundaria Pasana, que causó un cambio drástico en la atención que recibía — probablemente Mina no había tenido exactamente la misma experiencia que yo, por lo que seguramente fue causado por algún otro cambio.

¿Fue eso resultado de la pubertad? me pregunté.

“Vaya, no, eso no fue por eso—bueno, tal vez un poquito,” dijo Mina, y se echó a reír a carcajadas. “¿Qué demonios intentas decir?”

“Los chicos y chicas de nuestra edad empiezan a lidiar con niveles mayores de hormonas durante esta etapa,” expliqué, “Hay una fuerte correlación entre la pubertad y el desarrollo de interés romántico por sus compañeros.”

“Estás diciendo que todos en la escuela se enamoraron de mí,” afirmó Mina, con una expresión pensativa seria. “Eso fue exactamente lo que pasó.”

“Eso no es así,” dijo Eijiro, con semblante preocupado. “¿De qué están hablando ustedes dos?”

“¿Cuándo llegaste aquí?” exclamó Mina, sorprendida.

“Casi ahora mismo, supongo,” dijo Eijiro, con una sonrisa tímida. “Hola, chicos.”

“Hola, Eijiro,” respondí, “Estábamos hablando de cómo Mina llegó a ser tan popular en su último año de secundaria.”

“No se lo digas,” dijo Mina, poniéndose nerviosa.

“Todos saben esa historia,” dijo Eijiro, llevándose la mano a la mejilla. “Un idiota gigante intentó asustar a varias chicas un día, y Mina lo obligó a dejarlas en paz — fue increíble.”

“Fue totalmente embarazoso,” dijo Mina, primero luciendo confundida. “Tenía tanto miedo que lloré como una niña pequeña justo después de que él finalmente se fue.”

“Es una respuesta muy común y esperada ante el temor, especialmente en situaciones de estrés o violencia,” dije, “Todos lloran, Mina, así que nunca deberías sentirte avergonzada por ello.”

“Oh,” logró decir Mina. “Gracias.”

“Eso es lo más varonil que he oído,” dijo Eijiro, impresionado. “Eres tan callado todo el tiempo, pero cada vez que hablas, siempre es realmente genial.”

Eso era más una valoración de que Sajin Higawara realmente era genial, pues él fue quien me dirigió esas palabras, pero había algo cálido al ver que otros apreciaban esas palabras del mismo modo en que yo había llegado a hacerlo.

“Ya han llegado los demás,” dije.

Mina se levantó en el preciso instante en que tuvo orientación para seguir, y antes de que lo notaran, rodeó los hombros de Momo y Tsuyu en un abrazo improvisado que ninguna de ellas esperaba. Tsuyu protestó mientras su cabeza se aplastaba contra el cuello de la chica, pero pareció reacia a soltarse del afecto inesperado.

“Gracias a Dios que estás aquí; esas dos estaban diciendo todo tipo de cosas locas,” quejose Mina, “¿Qué te tomó tanto tiempo?”

“Ey,” protestó Eijiro.

“Espero que no hayan estado esperando demasiado tiempo,” dijo Momo mientras intentaba arreglar su chaqueta. “De hecho, estábamos buscándolos en la entrada.”

“Fue solo un rato,” respondí.

Un zumbido distante anunció que el tren comenzaba a llegar a la estación, y la multitud pareció moverse en respuesta al sonido, preparándose para acercarse en cuanto se detuviera por completo.

“Vamos a hacerlo,” dijo Eijiro, “Tokio, allá vamos.”

Para cuando sonó la última llamada de abordaje, ya estábamos dentro y sentados frente unos a otros, divididos de manera casi total por línea de género, con Mina, Momo y Tsuyu ocupando un asiento de banco, mientras Eijiro y yo llenábamos el otro. El tren cobró movimiento, la marcha suave a pesar del peso colosal de la máquina en la que viajábamos, y escuchaba sus conversaciones. Noté una diferencia clara en la forma en que cada uno hablaba hoy en comparación con antes del ataque: las palabras que evitaban y las pequeñas dudas que asomaban cada vez que algo parecía tener una conexión breve y frágil con lo que estaban evitando.

Esta situación era invaluable, en cierto modo, porque me daba la oportunidad de observar cómo actuaban cuando intentaban engañar unos a otros. Ninguno quería ser el primero en volver a tocar el tema de la muerte de nuestros compañeros, y eso afectaba toda la fluidez de la conversación, creando una especie de corriente subyacente de cuidado. Percibía pequeños gestos, sonrisas fingidas y energías afectadas en cada intercambio, comparándolos con las cosas que esperaba de ellos, pero me preguntaba cuánto de mi propio sufrimiento también estaba revelando sin darme cuenta.

“Casi tuve que cancelar mi cita,” admitió Eijiro en un momento, “Mi mamá estaba muy preocupada por todo esto, y tuve que discutir con ella para que me dejara salir de casa—fue bastante difícil.”

Era el primer reconocimiento de algo relacionado con ese tema desde que entramos en el tren, pero parecía que esa experiencia permeaba en todo el grupo.

“Yo también,” dijo Mina, dejando caer la cabeza contra la almohadilla del asiento. “Pero fue mi papá, en realidad.”

Ni Sajin ni Hayami no habían llegado tan lejos como para intentar impedirme en mi camino, pero las advertencias sobre la precaución superaban con creces las que habría recibido anteriormente. Hayami había pasado la mayor parte de su vida junto a un familiar que entraba y salía de estados constantes de peligro y, en consecuencia, había desarrollado cierto nivel de resistencia a ese tipo de preocupación. Sajin prácticamente vivía en su lugar de trabajo y, por ello, su tolerancia al peligro y la extensión de su conjunto de habilidades profesionales probablemente le habían endurecido también frente a ello. La distancia aprendida por Hayami y el enfoque resolutivo de Sajin habían contenparated la clase de reacción que los otros aún estaban experimentando con sus propias familias. Sin haber hablado con ninguno de ellos, tenía una idea bastante clara de que Shoto Todoroki y Tenya Iida estaban en una situación similar a la mía, sus familias mucho más entrelazadas en el mundo de los héroes que el resto de nuestra clase.

“Mis padres fueron muy críticos tras la invasión, y no estoy seguro de si intentarán sacarme de U.A.”, dijo Tsuyu, con una evidente inquietud. “Lo discutieron anoche después de que acostaron a mis hermanos; no sé cómo lidiar con eso.”

Su vacilación, la forma en que sus ojos se habían posado en su regazo y la total divergencia de su contacto visual habitual, que era decidido e inflexible, eran suficientes para demostrar cuánto le preocupaba ese pensamiento. Tsuyu siempre había parecido sorprendentemente franca en comparación con los demás con quienes conversaba, diciendo exactamente lo que pensaba y sin temor a confrontaciones, pero era evidente que su familia parecía ser un terreno donde esa faceta comenzaba a flaquear. También podía notar destellos de esa misma dificultad reflejados en el resto de ellos. La sonrisa de Eijiro parecía más un accesorio elegido para el día que una expresión genuina de sus sentimientos. La energía de Mina parecía reforzada artificialmente, mucho más allá de su nivel habitual, como si sobreactuara en sus reacciones para intentar alcanzar el rango normal en que ella simplemente existía. Incluso Momo parecía afectada, mucho más silenciosa de lo habitual, y evitaba contribuir con sus propias experiencias con sus padres cuando la conversación había dictado que ella debería haber hablado; el momento se quedó en el aire, y Mina intervino en su lugar.

“¿De verdad pueden hacer eso?” preguntó Mina. “Tuvimos que firmar todos esos formularios, así que tendrían que lograr que esos documentos sean anulados primero.”

Había una cantidad enorme de papeleo que completar tanto antes del proceso de inscripción como durante este, para ser aceptados en la Escuela Secundaria U.A., y mucho de ello debía ser firmado también por sus padres o tutores legales. La que mencionaba Mina involucraba lesiones, peligro y la firma del tutor que renunciaba a la capacidad de retirar forzosamente al estudiante en contra de su voluntad. Era un contrato diseñado específicamente para que los padres no se preocuparan por el entrenamiento peligroso o las lesiones que escucharían durante todo el año, y que luego tomaran medidas para sacarlo del riesgo. Probablemente, esto había ocurrido muchas veces en el pasado, como en el entrenamiento de batalla entre Izuku y Katsuki. La repetición de escenarios de combate y las habilidades en conflicto directo inevitablemente conducían a lesiones—recordaba claramente lo enojada que estaba Yukiko Sarada cuando rompió el brazo de Haru.

“Sería un proceso difícil para ellos, pero no es imposible hacer que esos documentos sean anulados si están decididos a ello; su propia decisión de quedarse se consideraría con gran peso, y U.A.

intentaría representar sus intereses si desea permanecer”, explicó Momo. “Pero esta situación es completamente diferente a la que se describió en la exención de lesiones durante el entrenamiento, y una invasión a gran escala por parte de villanos probablemente sería suficiente para cumplir con los requisitos legales para anular esa decisión.”

Era evidente que ella se sentía más cómoda enfrentando el argumento legal más distante, en lugar de ofrecer su propia situación familiar, y el hecho de que ya la había considerado en tan profundo nivel era más que suficiente para entender que le preocupaba. El proceso legal no era realmente la cuestión principal en este tipo de situación, al menos, eso pensaba yo—había una amenaza mucho más insidiosa acechando justo fuera de la vista. Dependiendo de sus arreglos de convivencia, sus padres podrían fácilmente actuar para imponer su voluntad de otras maneras. En esta etapa de nuestra vida, nuestro poder financiero era casi nulo y nuestra independencia, prácticamente inexistente. Todos vivíamos bajo la protección de las alas de nuestros padres, y esas alas podían ser manipuladas para permitir toda clase de presiones que escapaban al control. No estaba seguro si alguno de ellos poseía la dureza necesaria para ir contra las personas que los amaban y criaron, y estaba seguro de que ninguno de ellos lo había considerado en su totalidad—nadie quería creer que los adultos en quienes confiaban eran capaces de tales cosas.

“Si una desacuerdo sobre la matrícula se convirtiera en una batalla legal contra tus padres, es muy probable que el cómodo ambiente hogareño al que estás acostumbrada se deteriorara aún más,” dije, analizando la hipótesis. “Supongo que eso sería algo que habría que considerar si llegara a ocurrir.”

Momo logró mantener su rostro imperturbable, pero Tsuyu parecía sacudida.

“¿Qué significa eso?” preguntó Mina.

“Si te encontrases en esa situación, la batalla legal en sí no sería la mayor amenaza; lo que deberías temer sería la presión constante que sentirías, que sería aplastante,” expliqué mi razonamiento. “Cada interacción con tus padres a partir de ese momento estaría marcada por confrontaciones, discusiones o manipulación emocional—empezarías a sentirlo en todas partes.”

Pensé en Sajin y en las decenas de reglas no relacionadas que me había pedido seguir a lo largo de los años—no hacer llorar a otros, nunca romper tus promesas, trabajar por tus metas, observar cómo interactúan las personas, tratar de entender, enfocarte en tu crecimiento, seguir adelante—y en cómo estaban diseñadas con el objetivo implícito de cambiar la forma en que expresaba mis pensamientos. Era un conjunto de restricciones con un objetivo positivo: hacer que me alineara más con cómo habían socializado a otros de mi edad, permitiendo una mayor integración. De niño, había sido excesivamente directo, y mi indiferencia ante cómo recibían mis intentos de comunicación sólo había provocado errores y dificultades.

Si hubiera rechazado su petición y le hubiera dicho que no cambiaría la manera en que me expresaba—que dependía de los demás entender lo que quería decir, que no iba a esforzarme más para ellos y que no me importaba si los hacía llorar—ni siquiera podía imaginar cuánto habría podido decepcionarlo. Habría arruinado nuestra relación y cambiado cada interacción que tendríamos después de ese momento. Me había sometido a esa presión invisible, al temor de

decepcionar a aquel hombre que había tratado con tanto empeño de entenderme de una forma en que sólo una persona más había logrado. Esa presión invisible era exactamente la que intentaba explicarles, y la idea de que había sido utilizada contra mí para lograr un resultado positivo era totalmente secundaria. Ni siquiera supe en ese entonces que existía; sólo sabía que no quería hacer algo que pudiera molestarlo.

Había habido innumerables ecos de eso a lo largo de mi infancia, influencias que me había costado mucho tiempo comprender e identificar—las secuelas del daño causado por Haru habían sido una de ellas. La distancia entre Hayami y yo se había hecho de repente inmensa, los intercambios entre nosotros se habían vuelto cortos y esa pequeña aficción que ella sentía por mí se había retirado. Esa había sido su reacción genuina, estaba seguro, pero también representaba una presión contra la cual no podía encontrar punto de apoyo. Todas esas pequeñas cosas no eran maniobras activas de su parte, y en cierto modo, ni siquiera pensaba que fueran decisiones conscientes. Era un comportamiento aprendido para alinear a los demás con lo que la sociedad mayoritaria consideraba normal, cada uno imponiendo una dosis de refuerzo negativo que servía para guiarme en una dirección más acorde con cómo funcionaban dentro del mundo.

No era algo malo ni algo maligno; simplemente era la manera en que los humanos percibían y se relacionaban entre sí. Incluso ahora, el temor a decepcionarlos a ambos era una constante que tenía que luchar con fuerza para controlar, y más de una noche sin dormir había soñado con el día en que Sajin descubriera que le había mentado todos esos años atrás. ¿Me odiaría por haber ido en contra de su guía? ¿Me llamaría un tonto por intentar salvar a una chica que probablemente había muerto hacía años?

“Es un sistema que está incorporado en todos nosotros, y si realmente te encontrases atrapado en ese tipo de situación tóxica, vivirías con la constante tensión de castigo y recompensa,” dije en silencio. “Cada comentario, cada solicitud, cada silencio incómodo que te acerca más a su forma de ver el mundo en un esfuerzo por que te rindas, abandones tus sueños a un lado y busques otro camino para llevar una vida plena—lo peor de todo es que ni siquiera estarían equivocados al hacerlo.”

Abrí los ojos.

“Proteger a un niño de cualquier daño es responsabilidad de los padres, y sentirían que están haciendo lo correcto incluso mientras te aplastan,” añadí, “Soportar eso durante meses o años si tienes suficiente resistencia sería una pesadilla; no importa que los contratos no sean cuestionados legalmente, porque una sala de juicio no es el lugar donde se libraría esa batalla.”

Tsuyu tenía el rostro pálido en ese momento, y era claro para mí que los demás estaban casi igual de angustiados. No había estado hablando específicamente de sus situaciones, pero era evidente que solo había empeorado las cosas. Había olvidado lo fácil que es trazar paralelismos entre un escenario hipotético y tu propia situación personal, incluso si no estaban en absoluto relacionados.

“Es un pensamiento particularmente horrible,” alcanzó a decir Momo, “yo—no sé qué haría, pero oponerme a mis padres sería algo muy difícil.”

“No creo que pudiera hacerlo,” admitió Mina, con las piernas enroscadas en el asiento. “Incluso pelear con ellos por cosas pequeñas a veces ya es bastante difícil—algo tan grande sería terrible.”

“Si mi mamá realmente quisiera quitarme, no estoy segura de poder seguir luchando contra ella por eso, no si se prolongaba durante meses; realmente me duele verla llorar,” dijo Eijiro, su energía alegre finalmente mermando. “Quiero decir, quiero ser un héroe, así que sin duda discutiría, pero—¿qué harías tú, Hisoka?”

Hayami y Sajin fueron los sustitutos de mis padres aquí, y me criaron, guiaron, protegieron y hicieron todo lo que se suponía que debían hacer. Sabía que decepcionarlos me lastimaba, y la idea de que cualquiera de los dos se molestara conmigo durante tanto tiempo era dolorosa—pero ya llevaba mucho tiempo yendo en contra de ellos. Quizá no abiertamente, como esta situación habría dictado. Pero desde hace tiempo había tomado la decisión de que había ciertas cosas que simplemente no estaba dispuesto a abandonar, sin importar cuánto respetara a la persona que me las pedía. Es cierto que no defendí mis convicciones ni enfrenté esa presión; terminé mintiendo a ambos cuando prometí dejarlo todo atrás para concentrarme en la escuela y en mi propio crecimiento. Pero, si no hubiera podido mentir, o si Sajin de alguna manera hubiera sabido y me hubiera visto obligado a enfrentar su desaprobación—habría hecho ese intercambio sin dudarlo.

“Soy lo suficientemente egoísta para poner mis propios objetivos por delante de los deseos de mi guardian,” dije, “Mientras al final obtenga lo que quiero, puedo lidiar con que me aplasten.”

Hubo un silencio profundo tras mi respuesta, quizás demasiado difícil de empatizar, dado lo fuerte que todos sentían. Tsuyu todavía no había logrado alzar la vista de su regazo, claramente afectada por lo que había dicho y temerosa del resultado de su propia situación—

“Tsuyu,” volví a hablar, levantando la voz. “No has pedido mi opinión, pero me gustaría darla de todos modos.”

Tsuyu dejó escapar un gruñido en la garganta ante mis palabras, sus ojos se alzaron hacia mí a través del velo de su cabello, y por un momento consideré la distancia de Hayami y las reglas de Sajin.

“El rol de un padre siempre ha sido proteger a sus hijos, incluso hasta el punto de volverse asfixiante,” resumí, haciendo un resumen de toda mi idea. “Ningún ser humano es perfecto, y por lo tanto ningún padre puede serlo; intentarán cumplir con su objetivo de protegerte, y tú buscarás la forma de avanzar hacia tus propios sueños — este es el proceso natural de crecer.”

Tsuyu levantó su cabeza un poco para mantener el equilibrio mientras el tren se movía bajo nosotros, y me encontré haciendo un contacto visual directo y sin obstáculos con ella.

“La profundidad de tu necesidad de convertirte en heroína solo la conoces tú, y por eso debes aprender a transmitir la fuerza de esa convicción,” le dije, observando su rostro. “Debes hacerles entender que estás dispuesta a sacrificar una parte de esa seguridad para construir el futuro en el que quieres vivir—¿puedes hacer eso?”

Fue algo en lo que pensé mucho tiempo, y también algo que ya fallé en hacer una vez. Elegí la vía más fácil. Me□□ infiltré en las grietas y evité esas mismas conversaciones en lugar de hacerme escuchar. Al igual que con mi quirk, mi mentalidad se había asentado en un punto medio entre la solidez de la tierra y la fluidez del océano. Llegará un momento en el futuro en el que tendré que reconocer la mentira que conté y demostrar la fuerza de mi propia convicción a quienes me criaron. Un momento en el que tendré que atravesar esa capa de protección y la presión invisible que la acompaña, y forzarles a entender que mi objetivo es mucho más fuerte que eso—un momento en el que les demostraré lo equivocados que estaban al pedirme que olvidara a Nanami.

—Yo—” dijo Tsuyu, con voz tranquila—“creo que puedo.”

—Creo que sí, también—, respondí.

En tránsito, tren.

Las paredes del pequeño baño no eran suficientes para silenciar los sonidos de la conversación distante que llegaban, ni para bloquear el zumbido del tren, pero aún así se sentía como una capa de protección. Lavé mis manos y luego mi rostro antes de observar las bolsas oscuras que ahora eran visibles bajo mis ojos—no estaba durmiendo lo suficiente. Abrí la puerta antes de salir al pequeño espacio entre ella y la pared del tren y descubrí que Tsuyu ahora estaba de pie, solo a unos pocos pasos, cerca de la puerta cerrada de nuestro vagón. Era evidente por la postura de sus hombros y cómo se quedaba parcialmente bloqueando la puerta que no estaba allí para visitar el lavabo.

—¿Tienes hermanos, Hisoka?— preguntó Tsuyu.

No fue la reprimenda inmediata que esperaba por haber sobrepasado los límites antes, pero tampoco parecía ser la pregunta que inicialmente había tenido la intención de hacer.

—Soy hijo único y mi guardián no tiene familia propia—, respondí—.¿Y tú? ¿Cuántos tienes?

Me resultaba sumamente difícil imaginar cómo sería un hermano mío. Era sustancialmente diferente de la mayoría en nuestro grupo de edad, y aunque era posible que un hermano hubiera enfrentado las mismas dificultades que yo, eso probablemente no sería así—sería normal.

—Tengo un hermano menor y una hermana menor, de diez y seis años—, dijo Tsuyu, sonriendo ahora—. Los cuido cuando mis padres van por trabajo.

Eso era una gran muestra de confianza, incluso para alguien de dieciséis años. Mi situación, viviendo en un apartamento con reglas, directrices y revisiones regulares, era una cosa, pero estar encargada de cuidar seres humanos vivos—que confiaban en ti para comida, seguridad, apoyo y estructura—era algo completamente diferente. Esto hablaba bien de su madurez y demostraba que sus padres claramente confiaban en ella con una gran responsabilidad.

—Eso es muy impresionante—, dije—. Deben confiar mucho en ti, ¿verdad?

Tsuyu entrelazó sus manos durante un momento, luciendo mucho más nerviosa.

—Supongo que sí, pero no quiero dañar esa confianza—, logró decir, parecido a si se armara de valor para algo.—No quiero que me saquen de la escuela y quiero ser heroína, como tú dijiste—¿cómo hablo con mis padres sobre esto?

Era una pregunta difícil de responder, y en realidad debería haber sido dirigida a ella misma, no a alguien que no conocía lo suficiente de las partes involucradas. Solo sabía fragmentos sobre su relación con sus padres, principalmente que eran protectores con ella, pero confiaban en ella con una inmensa responsabilidad. Sabía que Tsuyu actuaba en un comportamiento generalmente dentro de lo esperado para su edad; no era una bully, era amigable y abierta a la conversación cuando se sentía cómoda—era inusualmente directa en comparación con la mayoría. Es probable que sus padres la trataban bien y que había crecido en un hogar relativamente estable.

Esa información no era suficiente para construir una estrategia exacta para persuadir a sus padres, pero no necesitaba conocer los detalles precisos porque ella ya los tenía. Probablemente no necesitaba una guía paso a paso para convencer a sus padres; lo que necesitaba era apoyo y reconocimiento de que no estaba haciendo algo indebido al perseguir sus metas, incluso si estas conflictuaban con los deseos de sus padres. Tsuyu ya contaba con todos los recursos necesarios para hacer realidad su objetivo; solo le faltaba la confianza para respaldarlo todo.

—Tsuyu—, dije—¿Alguna vez has enfrentado a tus padres en alguna ocasión?

Tsuyu emitió un gruñido nervioso ante la pregunta, y tras una breve hesitación, asentó con la cabeza.

—Una vez, pero fue por una tontería—, confesó Tsuyu—. Había una chica en la escuela, y me invitó a su fiesta de cumpleaños, pero no quería ir.

Curiosamente, había vivido una situación muy similar, pues Hayami, cuando era pequeña, intentaba muchas veces forzarme a pertenecer a grupos que en realidad no valoraban mi presencia. Mi capacidad para infiltrarme en círculos de amigos ya en aquella época era bastante torpe, y fueron más de un par de fallos—especialmente uno memorable—los que la hicieron desistir.

—Una intimidadora—, dije.

—Las otras chicas eran las agresoras—, explicó Tsuyu—. La chica que me invitó era amable, algunas veces.

Los detalles del evento no eran gran cosa para mí, pues no era yo quien debía recordar aquello; el objetivo aquí era que ella recordara que ya había pasado por algo similar y que había salido adelante, conservando intacta su relación familiar.

—¿Cómo reaccionaron tus padres cuando discutiste con ellos?—, pregunté.

Tsuyu dejó escapar otro ruidito, aunque parecía distraída, su mente retrocediendo al evento en cuestión en lugar de concentrarse en el presente.

—Papá se decepcionó de mi comportamiento, pero mamá se enojó muchísimo—, relató Tsuyu—. Intentó convencerme durante casi veinte minutos, y cuando le grité, me mandó a mi habitación—me castigaron toda una semana por ello.

—Tu mamá debe odiarte ahora—, comenté—, después de algo así.

Tsuyu exclamó asustada, sorprendida por aquella suposición impropia, y justo en ese momento, antes de que pudiera responder con algo inteligente, intervine.

—Dudo que ella te haya tratado igual tras aquello—, afirmé, observando su rostro—. Luego, avergonzada, tu papá borró tu nombre del árbol familiar y contó a toda tu familia extendida que nunca habías sido más que una ilusión colectiva.

—Eh—, dijo Tsuyu—. Nada de eso ocurrió.

—Pero, Tsuyu, enfrentaste un conflicto directo con tus padres—, le recordé—. No querías hacer algo que ellos te pidieron, y entonces, ¿por qué no te aplastaron por ir en contra de sus deseos?

—Porque ellos no son así—, respondió, a la defensiva—. No actuarían solo así.

Tsuyu se detuvo, interrumpiéndose en medio de la frase, dándose cuenta de que yo la había provocado para que defendiera la situación que justamente le preocupara unos momentos antes.

—La diferencia entre ese ambiente tóxico del hogar que mencioné antes y tu situación es doble—, dije—. Primero, nunca llegaría a ese extremo, porque esa era solo una hipótesis catastrófica, donde el contrato actuaba como centro de gravedad, no una predicción de tu realidad particular.

Dejé que aquel instante permaneciera en silencio, como si hubiera terminado de hablar, dejando la cortina de la conversación justo frente a ella.

—Dijiste que eran dos aspectos—, afirmó Tsuyu, como si pudiera habérmelo olvidado—. ¿Cuál era el segundo?

Era como un reloj.

—Tus padres son buenas personas—, respondí—. Habla con ellos, mantén tus principios y explícales cuánto estás dispuesta a luchar por hacer realidad tu sueño. No deberías rendirte antes de siquiera comenzar una conversación.

Nunca los has conocido en persona, pensó Tsuyu. ¿Cómo podrías saber algo sobre ellos?

“No necesito haber conocido a tus padres para entenderlos, porque ya he conocido a su hija,” respondí. “No puedo imaginar a unas personas tan ruin y irracional criando a alguien como tú, Tsuyu; eso no tiene sentido.”

Estación de tren, Tokio.

“Finalmente hemos llegado,” dijo Mina, con una energía que había estado ausente durante la mayor parte del viaje en tren. “¿Qué hacemos primero?”

Ya me iniciaba en la tarea de extender mi arena por el entorno que nos rodeaba, usándola para establecer una zona de percepción aproximada con nuestro pequeño grupo en el centro. Observar multitud de personas desde múltiples puntos de vista isométricos superpuestos daba la sensación de que éramos una colonia de hormigas que zumbaba, transportando pequeñas cargas hacia sus hogares.

“¿Ya comieron todos?” preguntó Eijiro antes de detenerse ante una serie de respuestas negativas. “En serio —¿soy el único que comió antes de partir?”

Tsuyu, la más baja entre nosotros, era prácticamente invisible en medio de la multitud, pero podía verla desde arriba, siguiendo a Momo y usando su increíblemente alta melena como una guía —la Torre Faro Momo, que la guiaba con seguridad a través de la tempestad de gente.

“Pensé que habíamos acordado visitar primero el café de novedades,” dijo Momo, “El que me mencionaste tiene desayuno, ya lo confirmé.”

Alcé la vista y distinguí a una mujer que se desplazaba entre la multitud, apenas unos años mayor que nosotros, moviendo hábilmente las manos en los bolsillos de aquellos que no pertenecían a ella, siendo muy visible desde esta posición elevada, avanzando paralelamente a la multitud. Sin licencia de héroe, carecía de poder para arrestarla, y detenerla físicamente sería complicado sin provocar problemas adicionales con la policía, las agencias de héroes o la U.A. —ya estaba en una situación delicada, pero no estaba dispuesto a permitir que siguiera así.

“Quiero ver a los gatos,” dijo Tsuyu.

“Sí,” afirmó Mina, “Deberíamos—”

“Disculpen un momento,” interrumpí, “Vuelvo enseguida.”

¿Hisoka? preguntó Momo.

Me abrí paso hasta el borde de la multitud y, en un momento, logré liberarme por completo, dirigiéndome directamente hacia el héroe que en ese instante posaba para una foto con un hombre de mediana edad. No reconocía a ese héroe de vista, pero tenía un peinado interesante, en tonos rosa y cobrizo, peinado en una especie de bloque recto que sostenía con lo que solo puedo imaginar era un abundante uso de gel para el cabello. El traje del hombre era principalmente azul, con líneas amarillas en el frente, y notó mi acercamiento justo cuando el fotógrafo terminaba su toma.

“Hola,” dijo el héroe, ajustándose su cinta en la cabeza. “¿Quiere una foto también?”

De tan cerca, podía oler al hombre; parecía estar envuelto en una aura de un perfume muy fuerte.

“No, gracias, señor,” respondí, “Hay un villano entre esa multitud; ya he visto que ha robado siete carteras.”

Elevé la mano, señalando con el dedo la trayectoria del villano y moviendo mi mano en sincronía con sus movimientos para ofrecerle una referencia visual. La sonrisa del hombre desapareció.

“¿Puedes saber dónde está incluso con tanta gente?” preguntó, pero sin esperar respuesta. “Necesitaré que me la describas, si puedes.”

—Una mujer de entre dieciocho y veinte años, de aproximadamente un metro sesenta y cinco, con cabello negro y largo hasta los hombros—, dije, examinando su ropa desde arriba. —Lleva una camiseta sin mangas negra y una sudadera con cremallera puesta encima; está cubierta de estrellas—, además, lleva un bolso de hombro con la palabra ‘deporte’ escrita en el costado.

—Descripción fantástica—, comentó el hombre—. ¿Puedo preguntar quién es usted? Eso facilitará rellenar los papeles.

—Hisoka Higawara, estudiante de primer año en la Academia U.A.—, respondí—. No estoy familiarizada con los héroes de Tokio, solo estoy de visita; ¿podría darme su nombre también?

—Qué descortés soy—, dijo Young Spice—. Mi nombre es Young Spice. Trabajo en la Agencia de Héroes de la Oficina Generadora. Gracias por su ayuda.

Observé cómo el hombre se alejaba trotando en dirección a la multitud, desapareciendo entre las personas, y quedé para volver por donde había llegado, uniéndome a la corriente de transeúntes que cruzaba la calle y giraba de nuevo hacia donde estaban los demás. Los encontré de pie, inmóviles en la acera, parcialmente bloqueando el paso del tráfico mientras trataban de averiguar hacia dónde había ido. Un grito agudo resonó en la multitud delante de nosotros cuando Young Spice sujetó con fuerza el brazo superior del villano, y salí del grupo para reincorporarme a ellos.

—Hisoka—, chilló Mina—. ¿Dónde te has metido?

—Había un villano delante de nosotros robando a la gente, así que lo reporté al héroe que patrullaba—, expliqué—. Su nombre era un poco extraño, pero olía muy bien.

Tsuyu lanzó un sonido de alarma, ya fuera por la presencia de un villano o por el conocimiento de que olía el hombre, algo que la tomó por sorpresa—, no pude determinar cuál de las dos cosas.

—¿Eso explica todo el alboroto?—, preguntó Eijiro, levantándose de puntillas para tratar de ver qué había más adelante—. ¿Qué héroe y qué villano eran?

—Si siguen haciéndole preguntas—, dijo Mina, golpeándole suavemente la cabeza con la mano—. Él nunca tendrá oportunidad de responder ninguna.

Eijiro protestó mientras ella intentaba desordenar su cabello cuidadosamente peinado en picos, y yo intervine para responder a las preguntas.

—El héroe se llamaba Young Spice, y del villano no lo reconocí—, afirmé—. Yo—además, no desayuné, deberíamos comer.

—¿También tú?—, exclamó Eijiro, agotado—. Vamos, hombre.

Estación de tren, Tokio.

—¡Salta!—, dijo Mina con voz alegre—. Te atraparé, en serio, y puedes venir conmigo a casa.

La niña vaciló en puntillas, con las manos estiradas por encima de la cabeza, tratando de convencer al gato de que bajara de su encaramamiento en lo alto del muro. El felino, con la nariz en alto, la observaba desde el rincón de su ojo con una típica soberbia felina.

—Creo que no te dejan llevártelos a casa—, dijo Eijiro—. No parece que este vaya a bajar en breve.

—Me odia—, lloró Mina desconsolada—. ¿Por qué soy tan odiable?

Una de las camareras se acercó a la niña, con orejas de gato pegadas a la cabeza, erguidas hacia arriba y ligeramente inclinadas hacia adelante mientras ahogaba una risa. La miré, fijándome en el animal que se había sentado en medio de mi mesa; su cola se movió ligeramente antes de caer de nuevo por el aire y pegarse silenciosamente contra la superficie lisa. Era una especie de desafío, o quizás una declaración de que ese espacio le pertenecía, así que retiré la mano de junto a mi plato y la coloqué en mi regazo.

“Desde que me senté, no te he visto ni a ti ni al gato parpadear ni una sola vez,” dijo Eijiro, “¿quién lleva la delantera?”

“Yo,” respondí.

La cola del gato se levantó en señal de advertencia—un chasquido agudo resonó, y por primera vez aparté la mirada del gato, girando para ver que Eijiro ahora sostenía su teléfono delante de él. Había tomado una foto mía, algo que solo Hayami había hecho antes. Volví la vista al gato y descubrí que ahora lamía su pata, sin interés en reiniciar la competencia—había perdido la batalla.

“Esta ha sido una idea maravillosa,” dijo Momo, bebiendo su té. “Tendré que convencer a mi madre para venir aquí; estoy segura de que le encantaría.”

“Desearía haber nacido como un gato,” dijo Tsuyu, apoyando la barbilla en la mesa mientras observaba al felino. “Es adorable—realmente adorable.”

Pensé en ese pensamiento, pero no lograba encontrar la misma magia que ella lograba ver; nacer gato solo podía considerarse un destino terrible. La probabilidad de nacer en la calle o ser abandonado a su suerte era muy alta, y la vida de un gato callejero sería ardua. Buscar

constantemente el próximo alimento entre la basura de una jungla de cemento dominada por una especie mucho más poderosa, que no tenía forma de entender. Sin poder comunicarse para expresar sus deseos y obligado a competir con otras especies de animales para sobrevivir.

Los gatos que vivían en Neko Ame probablemente tenían más suerte que la mayoría de los vagabundos, ya que contaban con un refugio permanente donde recibían comida y agua diariamente, pero esta vida también tenía sus desventajas evidentes. El café era un lugar limpio, luminoso y positivo, pero esa no era su hogar; solo era el espacio donde estaban durante las horas de apertura. Ya había esparcido arena en la mayor parte del establecimiento, y era evidente que estos animales pasaban la mayor parte de su vida en una jaula, siendo sacados solo como una novedad para entretener a unos humanos que ni siquiera entendían. Una cadena interminable de humanos desconocidos entrando y saliendo, que nunca permanecían lo suficiente para que se estableciera un vínculo de familiaridad o confianza. Tocarles, agarrarles, levantarlos, hurgar, arrullar, moverlos sin consideración por su autonomía.

Intentar imaginar en mi mente esas circunstancias resultaba difícil y me dejaba con una sensación de incomodidad genuina. Rompí un pequeño trozo de mi rollo de canela y lo empujé con el dedo a través de la mesa; el gato observó las condiciones del alto el fuego, y entonces lo atrapó con su lengua—quizá la paz era una opción después de todo. El gato debió determinar que nuestro acuerdo había finalizado porque se movió, saltando al primer peldaño bajo a su lado y luego volvió a mirar, curioso, la enorme trompa de pelo negro que sobresalía de la cabeza de Momo.

“Yo estaba—pensando,” dijo Momo, con tono titubeante. “¿Crees que a Koji le habría gustado este lugar?”

No había pasado suficiente tiempo cerca del muchacho para adivinar con precisión, pero nadie más parecía querer abordar la pregunta, así que yo intervení.

“El don de Koji era extraño, y seguramente provocaba una divergencia significativa en la forma en que interactuaba con los animales,” dije. “No está claro si él tomaba control de los animales que con los que hablaba como una extensión sin voluntad de sí mismo, o si les infundía cierta inteligencia y lealtad para que actuaran de manera autónoma.”

“No había considerado las implicaciones de su don,” admitió Momo, “lo vi jugar con un pájaro una vez; él sonreía.”

“Eso apoya la segunda hipótesis, y si fuera así, entonces tal vez disfrutaba pasar tiempo con los animales,” dije, “Nunca tuve la oportunidad de entablar una conversación adecuada con él, así que solo puedo suponer qué tipo de persona era.”

Ese era el meollo del asunto, ¿verdad? Ninguno de nosotros tendría la oportunidad real de preguntarle a Koji, ni de ver qué clase de héroe podría convertirse Rikido. El costo de planear un ataque contra All Might había sido la vida de dos jóvenes, y esos cuatro villanos lo habían pagado con gusto. Momo miraba fijamente la mesa, con la boca apretada, y yo conocía bien a Nanami para saber cuándo alguien estaba a punto de llorar.

“Independientemente de su don,” dije, imaginando a los dos chicos en la habitación junto a nosotros, “creo que tanto Koji como Rikido hubiesen querido venir con nosotros.”

“Sí,” logró decir Momo. “Creo que sí hubieran querido.”

Mina se frotó el rostro un momento, haciendo un gran espectáculo, y luego respiró profundamente para centrar toda la atención en ella.

“Es hora de irnos de esta reunión, chicos,” dijo Mina, “Eijiro quiere arreglarse las uñas pronto, y no queremos llegar tarde.”

“¿Qué?” preguntó Eijiro, “¿Quién dijo nada sobre uñas?”

Momo pasó sus dedos por sus mejillas, eliminando la humedad que había quedado de las lágrimas, y yo hice mi mejor esfuerzo por parecer que no había notado nada.

Estación de tren, Tokio.

“Si alguna vez quieres volver a tu color original, tendrás que regresar a Tokio para hacerlo,” dijo Mina en su propia defensa. “Eso es todo lo que digo.”

Eijiro se rodeó un bíceps con la mano y lo tensó: su piel se endureció formando relieves angulares al activar parcialmente su don.

“Es un sacrificio que estoy dispuesto a hacer,” dijo Eijiro como si fuera el protagonista de un anime. “Ya basta de tonterías, esto es en serio—no gastaré ni un centavo más en tinte de cabello.”

Un pago único ahora probablemente le ahorraría mucho dinero a largo plazo, y asentí en apoyo a esa decisión financieramente responsable.

“Entonces, ya te has comprometido con esta elección,” susurró la recepcionista en un tono teatral. “Reúne tu valor, porque no habrá marcha atrás.”

“¡Yosh!” animó Eijiro. “Seguiré este camino—”

Mina lo empujó por detrás, haciendo que tropezara adelante para apoyarse en el mostrador.

“Está bien, está bien—ya pagué por adelantado, así que no puedo echarme atrás ahora,” se rió Eijiro, “¿Necesitas ver mi identificación?”

El resto de nosotros permanecimos en la entrada de la tienda, mientras otra mujer se llevaba a Eijiro hacia la parte de atrás, y pensé si valdría la pena cambiarme el color de cabello, ya que un tono beige más cercano al del arena sería mucho mejor para camuflarse que el negro actual. Pero también podría lograr el mismo efecto con teñirlo parcialmente de color arena o simplemente cubrirlo; quizás no valía la pena gastar en ello.

“Deberíamos todos cambiar de color de pelo y presentarnos en clase sin decir nada,” sugirió Mina, “Sería genial asustar a todos si fingimos que nada ha cambiado.”

“Me resulta difícil imaginarte con cabello negro,” dije.

Momo sonreía ante la idea, quizás imaginándose con el cabello de color rosa. Tsuyu se acercó para levantar una mechón de su propio cabello frente a su rostro, lo bastante cerca como para que casi se le cruzaran los ojos al mirarlo.

“¿Me quedaría raro con un tono más brillante?” preguntó Tsuyu.

“Creo que ahora se ve encantador, pero podrías probar con un tono más cercano a tu disfraz de heroína,” dijo Momo con atención crítica. “Sí, unos tonos más claros te quedarían maravilloso.”

“Es lo suficientemente oscuro que a veces pienso que es negro,” comentó Mina, inclinándose hacia adelante. “Sería genial aclararlo un poco.”

Hubo una pausa, y de repente me encontré en el centro de la expectación de tres miradas distintas, todas llenas de expectativa. Claramente, por alguna razón, ahora debía dar mi opinión sobre su color de cabello.

“Me parece que se ve bien tal cual,” dije.

Tsuyu dejó escapar un gruñido de disgusto ante esas palabras, y Momo levantó una mano para ocultar su sonrisa.

“¡Buu!” exclamó Mina. “Eso lo diría un papá.”

“Si el objetivo de Tsuyu es la estética o mejorar la cohesión general, entonces un tono de verde brillante dejaría su cabello en desacuerdo con su color de ojos actual,” expliqué, “Ojos negros y cabello verde oscuro combinan bastante bien.”

“El verde brillante combina totalmente con el negro,” argumentó Mina. “Es algo.”

“El verde brillante en los ojos queda bien con el cabello oscuro,” refuté, “Un toque de color en un fondo en su mayoría oscuro resulta una combinación más armoniosa que un mar de colores vivos con un punto oscuro.”

“Espera, creo que en realidad estoy de acuerdo con eso,” dijo Momo, en silencio reflexivo. “Por supuesto, es totalmente subjetivo, pero igual.”

“Traicionera,” se quejó Mina.

“¿Entonces quieres decir que no debería hacerlo?” preguntó Tsuyu.

“Tsuyu,” respondí. “Creo que deberías hacer lo que tú pienses que es correcto.”

“Otra respuesta de papá,” exclamó Mina, “Elige un bando, cobarde.”

“Si quieres consejos más prácticos, te sugiero probar varios tonos de color temporal primero,” ofrecí, “Y cuando encuentres el que desees, vuelve aquí y hazlo permanente.”

“Aquí hacemos pruebas temporales, para que puedas revisar toda la paleta si quieres,” dijo la recepcionista, acercándose con disposición. “¿Por qué no pruebas algunos conmigo?”

Tsuyu desapareció en la habitación trasera, y nuestro grupo se redujo a solo tres. Sentí que si permanecía demasiado tiempo en esta tienda, terminaría atravesando esa cortina también—esa mujer era peligrosa. Eijiro salió un momento después, con el cabello del mismo color rojo que antes.

“Decepcionante,” acusó Mina. “Se ve exactamente igual que antes.”

“Supone ser lo mismo,” defendió Eijiro. “Esa fue toda la razón de venir aquí en primer lugar, ¿no estabas prestando atención?”

“Aún no tuve oportunidad de decirle a todos que te estabas reinventando,” se lamentó Mina, “¿Cómo voy a avergonzarte ahora?”

“Pensé que estabas bromeando con eso,” dijo Eijiro, con verdadera preocupación. “Dijiste que no lo dirías.”

“¿Cómo era antes de llegar a la escuela secundaria U.A.?” preguntó Momo. “Kirishima parece muy enérgico en clase.”

Eijiro pareció horrorizado por la dirección de la conversación.

“Solía correr y que todos le dieran golpes,” sonrió Mina. “Si veía a un matón, siempre intentaba detenerlo, pero siempre salía mal.”

“No siempre salió mal,” dijo Eijiro, un poco sonrojado. “Detuve a muchos de ellos.”

“Me aseguré de olvidar todas las veces que ganaste,” admitió Mina, “Así, cuando cuento esas historias a la gente, me parece mucho más divertido.”

Pronto, Tsuyu volvió a atravesar la cortina, con su cabello notablemente distinto, de tres o cuatro tonos más claros que antes, y ya no era ambiguo en su color. Había argumentado que permaneciera oscuro, pero al verla ahora—

“Me equivoqué,” dije, “Realmente se ve mejor así.”

“Quiero tocarlo; ven aquí,” decidió Mina, “¡Santo cielo! Incluso se siente verde.”

Para cuando logramos salir de la tienda, casi habíamos perdido a Mina ante la mujer de mirada persuasiva que atendía en el mostrador. Eijiro nos guiaba hacia Akihabara, con suficiente

familiaridad del lugar como para recorrerlo solo de memoria, y me sorprendió cuánto merchandising de héroes había a la venta.

“Me da curiosidad saber cuántos estudiantes de nuestra clase tienen historias similares a la de Kirishima persiguiendo a los acosadores,” dijo Momo, con voz clara. “Sé que tanto Bakugo como Midoriya estuvieron en las noticias por enfrentarse al Villano del Lodo a principios del año pasado—All Might también estuvo involucrado en eso.”

No había oído nada de eso, pero fue una confirmación inesperada de que los tres tenían una relación previa a su ingreso en la Escuela Secundaria U.A.

“¿De verdad?” preguntó Mina. “Eso me lo perdí.”

“Katsuki no sabía que Izuku tenía un poder durante la prueba del primer día de clases,” expliqué, “lo que significa que luchó contra el villano sin usarlo.”

“Debe haberlo hecho,” admitió Momo. “No mencionaron su poder en el artículo.”

“¿Luchar sin un poder?” balbuceó Eijiro con un silbido. “Eso sí que es de hombres.”

“Voy a preguntarle a Midoriya cuando regresemos,” decidió Mina. “Pero parece que está un poco nervioso con las chicas—¿crees que huirá?”

“¿Y si tú fueras la que se acercara a él?” sugirió Eijiro con un guiño. “Yo sí lo haría—vaya.”

Eijiro giró ampliamente, fingiendo un movimiento de distraer con un paso elegante, antes de deslizarse para situarse justo frente a Mina, usando mi cuerpo como obstáculo y bloquear su avance. Permanecí en sitio mientras ella fruncía el ceño, aparentemente reacia a enfrentarse a mí en su intento de llegar a Eijiro.

“Tonto,” dijo Mina, con cierto tono de burla.

Eijiro aplaudió en señal de agradecimiento.

“El año pasado hubo otro artículo,” dijo Tsuyu, observando un mechón de su cabello, “sobre el villano de bambú que atacó la escuela Pasana, pero fue detenido por un solo estudiante—uno con un poder de arena.”

Me incliné hacia la estantería de al lado, notando una figura XL de un personaje muy conocido en un disfraz alternativo bastante revelador. El precio no era visible, así que levanté la figurina del estante y encontré la etiqueta adherida en la suela izquierda. Parpadeé ante la cifra ridícula, sin poder entender cómo podía valer tanto una figura de Midnight en comparación con los materiales utilizados para su fabricación—

“Esa fui yo,” admití, todavía distraído por la figura. “Me metí en muchos problemas por eso, pero también me dieron la oportunidad de presentar el Examen de Recomendación en U.A. gracias a esa acción.”

No había razón para negarlo ahora, porque con solo buscar mi nombre en internet, se podía ver claramente mi vínculo con ese evento.

“¿Estás bromeando?” dijo Eijiro, “No encontré nada de eso.”

Al ver esta figura me pareció como si se hubiera abierto un nuevo camino en mi mente; era un traje alternativo, pero el color oscuro de su cabello en contraste con los tonos claros de su piel la hacía rápidamente reconocible, incluso antes de que pudiera fijarme en los detalles menores. Si estudiaba las formas de los héroes que eran extremadamente fáciles de identificar y luego usaba mi quirk para hacer copias de ellos durante el combate, podía engañar a mis oponentes haciéndoles pensar que estaban presentes. Si elegía a alguien como Midnight, cuya potencia residía en un quirk de sueño en proximidad, conocido por todos, esto obligaría a mi adversario a mantenerse a cierta distancia para evitarlo—yo destacaba en combate a distancia, lo que contribuiría directamente a obtener una ventaja en la pelea.

Podría utilizarlas para atraer a mis enemigos a trampas o para hacerlos entrar en pánico al ver refuerzos. La dificultad, claro está, era el color, pero sabía que existían arenas de diferentes tonalidades, y si compraba suficiente cantidad, podía llevarla en contenedores específicos en mi person, y luego multiplicarla según fuera necesario para crear una réplica bastante fiel de Midnight—tendría que estudiarla en clase para pulir los colores, pero sin duda era posible. Era una solución más económica que comprar esta figura, ya que estaba bastante seguro de que podría haber llenado una fosa de arena por el mismo precio que pedían por ella. Tendría que preguntarle a Sajin si alguna vez había intentado algo similar en el pasado y luego que Hayami criticara el resultado final para asegurarse de que fuera convincente. ¿Cómo no se me ocurrió antes? Desde que era niño he hecho estatuas, y la idea de poder introducir color en ellas era tan simple que, por primera vez en mucho tiempo, sentí que había pasado por alto algo que seguramente para todos los demás sería evidente—el sentimiento era tan desagradable como siempre, esa sensación no había cambiado.

—Eh—dijo Mina—¿Tienes un crush por Midnight o algo así?

—No le preguntes eso —dijo Momo, nerviosa—. Eso es grosero.

La palabra 'grosero' captó mi atención lo suficiente para volver de mis pensamientos, aunque no estaba seguro de a qué exactamente respondía. Miré entre sus rostros por un momento antes de hablar.

—Disculpen, tengo la costumbre de perderme en mis pensamientos cuando estoy concentrado —dije, levantando la figura para que pudieran verla mejor—. Estaba pensando en cómo podría usar arena de diferentes tonalidades para crear una copia realista de Midnight.

—¿Por qué necesitas una copia tan realista de Midnight? —preguntó Momo, sonrojándose—. Espera, no debí preguntar eso; no tienes que responder, Hisoka—.

—Él definitivamente tiene que responder —intervino Mina antes de hacer una pausa—. Pero creo que sé de qué va esto en realidad—, Hisoka, ¿quieres que le entregue una carta a Midnight por ti? No te preocupes, me aseguraré de mantener tu identidad en secreto.

Empecé a tener la sensación de que había pasado por alto algo importante. Eijiro estaba haciendo una mueca de dolor, apartándose de alguna parte de lo que ella había mencionado, mientras Tsuyu parecía estar congelada, con la vista fija en la figura XL que sostenía en mano. Mina rebuscaba algo en su bolsillo, pero asumí que aún prestaba suficiente atención para escuchar mi respuesta.

—No creo que la anonimidad sea un problema aquí —dije, intentando entender qué faltaba en ese contexto—. Además, sería inapropiado que entregaras una carta a Midnight a mi instigación cuando puedo hacerlo yo mismo sin problema alguno.

Mina levantó su teléfono frente a ella, y el clic de la aplicación de su cámara resonó en el aire; por segunda vez en un solo día, me habían tomado una fotografía—esto se estaba tornando en un día sumamente extraño.

—Amigo, no puedes tomarle fotos con esa cosa—dijo Eijiro, tropezando en sus palabras—.Hisoka, tú eres un estudiante, hombre—Midnight es una profesora.

No entendía por qué su condición de profesora le impedía comunicarse conmigo si era necesario, y además, aún no comprendía por qué le enviaba a Midnight algún mensaje en primer lugar. En ese momento, ya estaba demasiado involucrado para pedirles que reiniciaran la conversación sin que fuera evidente que no podía seguirles el ritmo.

—Podría necesitar ayuda con el contenido de la carta—dije—. Por ahora, no tengo idea de qué se supone que debo escribir.

Mina parecía interesada en ayudarme, así que esta sería una buena oportunidad para que ella me enseñara cómo redactar esa misteriosa carta, y a través de ello, podría entender exactamente de qué trataba nuestra conversación—

—¿No te da miedo su reacción?—preguntó Momo, sobresaltada.—Eres demasiado confiado.

¿A qué reacción de Midnight me refería? Me enderezé un poco y concentré toda mi atención en desentrañar esa discusión. La única interacción que había tenido con Midnight había sido la reprimenda que recibí tras infringir las reglas, lo que implicaba que la habían descubierto de alguna forma. La respuesta más evidente era que nuestra conversación en el pasillo había sido escuchada por alguno de ellos, y ahora estaban intentando abordarla. La carta que discutíamos debía ser una declaración de disculpa por haber roto las normas, y la tenían la impresión de que yo sería demasiado intimidado por la conversación anterior para hablar con ella nuevamente—de allí que el formato fuera una carta y no una discusión cara a cara. La hipótesis parecía encajar, salvo por la sugerencia de Mina de que ella entregara la carta para no revelar mi identidad, ya que la disculpa no tendría valor si no conocía quién la enviaba.

—Gracias por la oferta, Mina, pero ya me he reunido con ella en privado en una ocasión anterior, así que creo que tengo todo bajo control—dije, tratando de zanjar el asunto. —Midnight fue muy paciente conmigo, a pesar de sus frustraciones evidentes por mi inexperiencia.

—¿La has conocido en privado?—preguntó Eijiro.

—¿Inexperiencia?—gimeó Tsuyu.

—De ninguna manera—dijo Mina, sorprendida.—No puedo creerlo—.

—Basta—todos, basta—dijo Momo, con la cara ligeramente enrojecida.—Creo que ya no estamos hablando de lo mismo.

Habían entendido que no podía seguirles el hilo de la conversación, y una punzada de incomodidad se alzaba en mí al pensar que había demostrado ser incapaz de mantenerme al día con ellos. Por eso, necesitaba controlar mejor mi atención y evitar que divagara cuando estaba con otros.

—Bueno, me refería a lo que has estado haciendo con Midnight—dijo Mina, con cierta vergüenza por tener que mencionarlo.—Todos lo escucharon; has estado con ella en privado—están teniendo sexo.

La incredulidad del comentario fue suficiente para disipar la incomodidad, pues era algo que jamás habría imaginado que ella estuviera hablando en serio. Era tan alejado de cualquier posibilidad que ni siquiera sabía cómo abordarlo directamente.

Tuve una reunión privada con Midnight en la que ella me reprendió por regresar a la USJ cuando se suponía que debía quedarme en el edificio principal—eso era de lo que hablaba, —dije—. La idea de que Midnight arriesgaría su reputación profesional y su carrera docente para dormir con una alumna con quien solo había hablado una vez, me parece absurda.

“Oh, gracias a Dios,” dijo Eijiro con genuino alivio. “Pensé que tendría que denunciarla.”

“¿Y eso qué?” preguntó Tsuyu.

Miré hacia abajo, al figura en mi mano; el hecho de que la modelo casi desnuda estuviera cubierta solo por unos pequeños hilos de cuerda ya no podía ignorarlo.

“Una vez que obtengamos nuestras licencias de héroes, podremos vender productos usando nuestra imagen, y eso se convertirá en una parte significativa de nuestros ingresos,” respondí. “Quería saber cuánto estaban vendiendo esa figura.”

Giré la figura para que pudieran ver el precio pegado en su pie, y los ojos de Eijiro se abrieron de par en par al verlo—me la quitó de las manos y la colocó de nuevo en la estantería como si solo tocarla fuera suficiente para empezar a drenarnos dinero.

“¿Puedo—” intentó Momo, luchando por mantener la vista en mí ahora. “También dijiste que ibas a hacer un clon realista de Midnight?”

“Me di cuenta de que puedo usar clones de otros héroes como distracciones durante un combate,” dije, “ya soy hábil haciendo estatuas de arena, pero usarlas de esa manera requeriría que pasaran lo suficiente por ser el original.”

“¿Así que no tuviste sexo con nuestra profesora?” preguntó Mina.

Todos se quedaron mirándola, y la chica rió incómodamente ante toda la atención.

“No he tenido relaciones con nadie,” dije, “creo que es hora de irnos—estamos empezando a atraer una multitud.”

“Sí,” logró decir Momo, “estoy de acuerdo.”

Estación de tren, Tokio.

Encontrar nuestro próximo destino fue una tarea sencilla, considerando lo que se alzaba imponente sobre todo en la zona, y a medida que nos acercábamos, incliné la cabeza hacia atrás con la intención de ver la cima del Sky Tree. Toda la estructura estaba rodeada por una jaula tubular; en su interior permanecía el núcleo, robusto, metálico y gris.

“Es mucho más grande en persona,” dijo Tsuyu.

“Se supone que es toda una vista cuando cae la noche,” dijo Momo, “la estructura está cubierta de luces, así que puedes verla desde casi cualquier lugar.”

“Eso es lo que parece desde afuera,” estuvo de acuerdo Eijiro, “pero desde dentro la vista es aún mejor—ha pasado mucho tiempo desde que estuve aquí por última vez.”

Completamos el proceso de entrada y nos dirigimos directamente al ascensor. Yo entré primero, atravesando la grieta apenas visible en el suelo, y luego me di vuelta para ver a los demás mientras ellos entraban. La arena que había dejado fuera del edificio surgió a medida que subíamos, su elevación atada a mi posición, ofreciendo una vista ascendente de la ciudad que las frías paredes de nuestro pequeño compartimento impedían. En algún momento durante nuestro breve viaje, los otros cuatro dejaron de fingir ser felices y, aunque no podía precisar exactamente cuándo ocurrió el cambio, cada uno de sus estados de ánimo empezó a sentirse menos como un adorno que habían puesto esa mañana.

La energía de Eijiro había aumentado en cada lugar que visitábamos, y en solo una hora había hecho contacto físico conmigo en tres ocasiones diferentes—algo que, sin excepción, me sorprendía cada vez. En contraste, Mina parecía estar incluso menos energética de lo habitual, pero la fachada de alegría que se había construido había comenzado a asentarse en una satisfacción mucho más genuina. Momo hablaba más, sus ojos brillando mientras dirigía su atención entre observar nuestro entorno y estudiar a cada uno de nosotros cuando creía que nadie la miraba. Como prueba, hice un esfuerzo por mantener contacto visual con ella cuando ese mismo interés se posó en mí, pero su única respuesta fue mostrarme una sonrisa cuyo motivo no podía determinar.

Tsuyu era quizás la que menos había cambiado de todas, su atención seguía cayendo constantemente en el mechón de cabello verde cuando le caía delante de los ojos, pero la tranquila inquietud en la que había sido engullida en el tren parecía, al menos por el momento, olvidada. Tenía dificultades para discernir si yo había experimentado un cambio similar en ánimo o comportamiento desde esa mañana, pero eso había sido algo que me había costado entender

desde mi infancia, por lo que no resultaba extraño. Incluso si parecía más abierta —o quizás más reservada—, había poca motivación para que hubiesen estado prestando suficiente atención como para notarlo. Las puertas de la jaula de acero se abrieron, y las seguí hasta la primera de las plataformas de observación. Era una sala rodeada de ventanas, con grandes paneles de cristal que se habían mantenido sorprendentemente limpios —por unos limpiadores de ventanas extraordinariamente valientes— y, a través de las láminas translúcidas, el mundo se extendía ante mí. Las estructuras monstruosas de metal y hormigón, que antes parecían demasiado grandes, ahora se postraban ante el titán de acero que nos había engullido por completo.

“Es increíble,” susurró Tsuyu, con los ojos abiertos de par en par. “Puedo sentir cómo se mueve el suelo.”

“Me siento como una reina que observa su reino,” dijo Mina, con los brazos extendidos como si abarcara toda la ciudad debajo. “Todo es mío.”

“¿Cómo te sientes, majestad?” preguntó Eijiro.

“Es agradable,” declaró Mina.

La masa de arena fuera, ubicada en el extremo, se partió antes de comenzar a alargarse, trepando por los divisorios de acero que separaban cada ventana para mantenerse fuera de la vista desde dentro. Continuó ascendiendo sin detenerse, alcanzando la zona circular plana en lo más alto, mientras el viento jalaba los granos en un intento de levantar todo en el aire y lanzarme fuera hacia la ciudad.

“Es una vista hermosa,” dijo Momo, con los ojos brillantes. “Qué lástima que no hayamos llegado cuando estaba oscuro —sería aún más impresionante.”

Casi podía imaginar los millones de luces distribuidas debajo de nosotros, reflejando el cielo nocturno arriba, y eso era suficiente para convencerme en silencio con ella. Finalmente, el grupo ascendió a la galería, la cubierta de observación más alta, una sala hecha únicamente de ventanas, completamente inundada por la cálida luz natural.

“Bueno, empezar a sentirme un poco nerviosa,” admitió Momo, mirando el espacio entre sus pies, “esto es realmente alto —y creo que ahora también puedo sentir el movimiento del suelo.”

Observaba a las cuatro conversando tranquilamente entre ellas, pero la mayor parte de mi atención estaba fija en la estatua imperturbable que se encontraba en la azotea del Sky Tree, contemplando la ciudad. Hoy era quizás el día más importante de mi vida, y las últimas tres noches las había dedicado a prepararme para ello. Había pasado meses observando cada entrevista, podcast y aparición en programas de televisión en los que Minato Yaoyorozu estuviera presente —aun cuando no fuera el foco principal del evento— con el objetivo de entender al hombre. Había leído todos los artículos donde se citaba sus palabras, y había estudiado cada organización benéfica en la que su nombre figuraba.

La invitación de Ume Yaoyorozu, invitándonos a cenar en su hogar, no era algo que esperaba que llegara cuando lo hizo, y lo que había parecido el tiempo del mundo antes, ahora se reducía a solo

tres días. Utilicé la dirección que Momo Yaoyorozu me había dado para encontrar su casa, y recopilé varias imágenes del mapa público para crear un plano del terreno. Localicé cada ventana, puerta, chimenea, respiradero y punto de acceso visible desde la calle. Pasé esos tres días analizando la mejor forma de aproximación —priorizando las acciones—, comenzando por convencer al hombre de admitir su implicación, hasta llegar a lo más extremo: raptarlo de su propio hogar y desmembrar partes de su cuerpo para obligarlo a responderme directamente —y toda esa preparación quedó en nada cuando me di cuenta de que el blog de archivos que contenía toda la información pública sobre el caso —mi principal fuente de datos— había sido actualizado hace veintisiete días.

Fue una sola mención de una evidencia antigua que se había perdido en el almacenamiento, y si no fuera porque la persona no identificada que mantenía el archivo fuera tan meticulosa en actualizar la página al descubrirla, nunca habría llegado a verla. En ese archivo se encontraban todas y cada una de las transcripciones de las entrevistas que la policía había realizado con cualquiera que en algún momento había sido sospechoso. Estaban disponibles tanto en formato de texto como en grabaciones de audio. Eran casi un centenar en total, y había leído cada una de ellas media docena de veces. Ume Yaoyorozu tenía una entrevista registrada, y Minato tenía tres —pero ahora, después de haber pasado cerca de una década, había cuatro. Ver ese cambio fue impactante, en una forma que no comprendí del todo al principio, porque no era evidente qué causaba mi inquietud hasta que empecé a revisarlas.

El tamaño del archivo era ínfimo en comparación con los otros, y la razón rápidamente se hizo clara; la transcripción era un pequeño fragmento tomado de una corta conversación con un detective fuera de las entrevistas grabadas. Había una pequeña nota que describía su origen como una anotación escrita por el detective para reflejar la conversación que tuvo con el hombre. No tenía archivo de audio, el nombre del detective no aparecía completo, ni siquiera era una transcripción palabra por palabra de lo que se intercambió —y, sin embargo, todo eso lo cambió todo. Pasé toda la noche leyendo y releiendo la nota, una y otra vez, hasta el punto en que, si alguien me hubiera preguntado, podría haberla recitado de memoria.

“Tendrás que ser más específico que eso —no es que pueda leer mentes; ¿cómo se supone que sabré por qué alguien más estaba en Shimoda?” — Minato Yaoyorozu.

“¿Había alguien cargando equipaje pesado, o personas discutiendo en los muelles, ese tipo de cosas?” — Detective principal.

“No vi nada de eso, pero no es que estuviera buscándolo,” — Minato Yaoyorozu.

“¿No viste nada en absoluto? ¿Me estás diciendo que subiste a tu yate elegante con los ojos cerrados?” — Detective principal.

“Estaba de vacaciones con mi familia; perdóname si no tomé nota de todo,” — Minato Yaoyorozu.

“Debiste haber visto algo,” — Detective principal.

“Había un niño pequeño usando pantalones de overol y con pinzas de cangrejo en las manos, persiguiendo a las gaviotas. Un hombre bien vestido, con piel azul y codos dentados, sentado en una cafetería bebiendo café. Un anciano con orejas muy altas discutiendo con una chica con púa sobre su seguro. Escucha, a menos que pienses que simplemente existir ya es sospechoso, no sé qué más decirte,” — Minato Yaoyorozu.

“Actualmente hay una familia de tres desaparecida, incluyendo una niña pequeña de la misma edad que la tuya; deberías esforzarte un poco más para ayudar,” — Detective principal.

“Ya hice una donación muy generosa al fondo de rescate. Te permití registrar mi yate dos veces, y he sido entrevistado en tres ocasiones distintas — incluso interrogaste a mi esposa. Si quieres algo más de mí, dime qué necesitas, pero no me digas que no he intentado ayudar,” — Minato Yaoyorozu.

La única cosa era un fragmento de una conversación con cien veces menos detalles que las otras transcripciones. Era una charla que bien podría haber ocurrido en la calle, en la oficina, o en cualquier otro lugar. El hecho de que no hubiera sido incluida en el resto de los archivos del caso probablemente se debía a su carácter informal o porque no era más que una recreación de una conversación medio recordada. No habría importado a todos los detectives y héroes que la hubieran leído; no habrían visto nada dentro que valiera la pena analizar porque no tenían el contexto apropiado. Incluso ahora, casi veinticuatro horas después de haberla visto por primera vez, mi corazón empezó a latir con fuerza en mi pecho, y algo parecido al temor empezó a expandirse por todo mi cuerpo.

Un comentario casual—sarcastico, quizás, o una insinuación sutil de que él estaba involucrado—en medio de un momento de frustración compartido por el detective principal y Minato Yaoyorozu. Un apunte que pasó desapercibido, sin ser repetido, y luego olvidado, solo para ser descubierto años después y agregado al cuadro más amplio, mucho tiempo después de que las tres víctimas hubieran sido olvidadas por todos los demás. Incluso si lo hubieran visto, no existiría un solo hombre o mujer en el mundo capaz de hacer la conexión entre un hombre de piel azul bebiendo café en una cafetería y una chica llamada Nanami Kureta—pero sí la habría un niño.

“Hisoka,” dijo Momo, sonriendo de nuevo. “¿Estás listo para partir?”

Ya había pasado casi un día entero en su compañía, fuera del entorno altamente estructurado de U.A. High School, y en ese tiempo había logrado descubrir muchas cosas sobre ella. Momo Yaoyorozu era articulada, observadora y, sin duda alguna, la persona más inteligente de nuestra clase; era cálida, amable, y cuando me sonreía por demasiado tiempo, sentía que algo empezaba a doler en mi pecho. No había una sola cualidad observable que pareciera empañar mi impresión de ella, lo cual hacía todo esto aún más difícil para mí—porque realmente no deseaba herir a sus padres.

En tránsito, tren.

“¿De verdad fuiste afuera?” dijo Eijiro, sorprendido. “De— afuera.”

“Técnicamente, nunca dejé el Sky Tree,” respondí, “Solo fue mi arena la que salió del edificio.”

“Pero pudiste verlo,” dijo Eijiro. “¿Cómo fue?”

“Había mucho viento,” dije, haciendo una pausa por un momento. “Pero la vista era hermosa.”

Deberías habernos llevado a todos allí,” protestó Mina, “Así hubiéramos ahorrado en los boletos.”

“Vamos, se supone que somos héroes,” dijo Eijiro, exasperado. “No podemos andar robando tours gratuitos.”

“Creo que habría estado bien quedarme adentro,” dijo Tsuyu, “El movimiento del edificio empezaba a marearme.”

“Sí, esa parte no fue muy agradable,” dijo Momo, sacudiendo la cabeza. “A pesar de lo bien construido que está, no me gusta la idea de todo ese metal moviéndose.”

El zumbido del tren debajo de ellos parecía haber pasado desapercibido, o quizás el hecho de que atravesaban la tierra dentro de una monstruosidad metálica no se registraba como una situación similar. Tras un día entero caminando, conversando y comprando cosas, los niveles de energía del grupo parecían disminuir, y la charla se volvía más pesada, intercalada con períodos cada vez más largos de silencio.

“Hoy fue increíble,” dijo Eijiro, rompiendo el silencio. “Gracias por venir conmigo, chicos.”

Mina le sonrió ante esas palabras, pero no dijo nada en respuesta, aparentemente en modo de ahorro de energía ya.

“Gracias a todos por invitarme,” dijo Momo, “Lo pasé muy bien.”

“Espero que hagamos algo así otra vez,” dijo Tsuyu.

“Hay muchos lugares a los que podríamos ir la próxima vez,” dijo Eijiro, “Yo elegí esta vez, así que tal vez ustedes puedan escoger la siguiente.”

“Yo me apunto,” dijo Mina, sacando la lengua. “No se preocupen, escogeré algo mucho más genial.”

Ni siquiera tuve que sugerir un segundo viaje; ellos lo decidieron espontáneamente, sin necesidad de que les impulsara de ninguna forma. Más allá de eso, naturalmente caímos en un sistema en el que, llegado un momento en el futuro, podría proponer mi propia elección de lugar—el haber conocido a Eijiro Kirishima realmente debe haber sido el destino.

“Con suerte, la próxima vez, podré convencer a Bakugo de que nos acompañe, porque ese chico necesita tomarse las cosas con más calma,” dijo Eijiro, cruzando los brazos tras la cabeza.

“Ustedes también deberían invitar a quien deseen para que venga con nosotros.”

Escuché cómo discutían quién más en la clase estaría dispuesto a acompañarnos, y luego la conversación se fue tornándose en cómo podrían vestirse en un entorno informal.

Desgraciadamente, pronto la charla se profundizó en un silencio casi absoluto, y comencé a percibir algunas grietas que vienen con compartir demasiado tiempo en un mismo lugar. Es algo natural, porque eventualmente todos se cansan, lo que genera una molestia creciente y, finalmente, un choque de personalidades. Eijiro parecía sentirlo en particular, moviéndose incómodo en su asiento mientras Tsuyu seguía mirándolo fijamente—

“Eijiro,” dijo Tsuyu frunciendo el ceño. “¿Por qué sigues apartando la vista de mí?”

Para mí era bastante evidente que un solo día no era suficiente para inmunizar a ninguno de ellos contra la forma tan directa en que ella podía ser, y esa confrontación pareció crear una ola de incomodidad entre el grupo. Eijiro pareció completamente desconcertado por la acusación, y de repente, parecía incapaz de sostener la mirada con la chica.

“Oh—perdón,” dijo Eijiro.

“No te pedí una disculpa,” dijo Tsuyu. “Solo quería saber por qué lo hacías.”

Al negarse a aceptar la disculpa, la tensión no se disipó, y Momo soltó una risa nerviosa y contenida. No era la primera vez que Tsuyu decía algo similar hoy, aunque en todos esos casos anteriores, alguien más había intervenido para distraerla o hacer que el tema se olvidara; normalmente, Mina había liderado la carga, pero esta vez, ella no dijo nada, probablemente demasiado cansada después de mantener alta su energía durante todo el día, y el silencio se estiró.

“¿Tienes problema en mirar a Hisoka, a Momo o a Mina—solo conmigo?” preguntó Tsuyu, entrelazando las manos con nerviosismo. “¿Hice algo mal?”

Eijiro abrió la boca, luego la cerró, aparentemente sin encontrar las palabras para resolver la situación, atrapado por la conversación. Momo se movió en su lugar, involucrándose en la discusión, antes de conseguir ahogar parcialmente otra risa nerviosa. Mina simplemente observaba en silencio, reacia a ponerse en el lugar incómodo una vez más.

“Ni siquiera me di cuenta de que lo hacía,” intentó Eijiro.

Eijiro era un pésimo mentiroso, por cualquier estándar, y, por lo que pude notar, Tsuyu no tenía ningún problema en detectar su evasiva; hablé antes de que la situación empeorara y quisiese que la salida terminara en una nota incómoda que pudiera poner en peligro una posible repetición futura.

“Tienes la tendencia a mantener contacto visual prolongado incluso fuera de una conversación, y es difícil ignorarlo por completo una vez que te das cuenta,” le observé, estudiando su rostro. “No has hecho nada malo, pero probablemente esa sea la razón por la que él aparta la vista.”

Tsuyu giró para encontrar mi mirada; sus plumas estaban lo suficientemente erizadas, que ni siquiera la respuesta directa a su pregunta parecía ser suficiente. Eijiro hizo una mueca de dolor, y eso fue suficiente para que me diera cuenta de que tenía razón en identificar cuál era el problema.

“Mina ha estado haciendo lo mismo todo el día,” dijo Tsuyu, “y Eijiro no aparta la vista de ella.”

—Fueron a la misma secundaria, así que ya tenían una relación previa —contesté—. Es muy probable que Eijiro esté acostumbrado a mantener contacto visual prolongado con ella, aunque quizás le tome tiempo sentirse cómodo con alguien nuevo.

Mina frunció el ceño ante mi explicación, y no supe de inmediato qué parte era la responsable.

—Suenas como si estuviéramos saliendo, pero solo éramos amigos que pasaban el rato —dijo Mina, rascándose la mejilla—. Además, si alguien tiene problemas con la mirada fija, probablemente seas tú —agregó—. Te vi esa mañana dándome esa mirada de mil yardas.

Asentí en silencio, reconociendo que ella me había atrapado observándola; sin embargo, sacar a relucir eso en ese momento no ayudaba en nada a resolver la confusión que se había generado—, aunque parecía que a Eijiro le daba la oportunidad perfecta para desviar la conversación de sí mismo.

—Eso también me lo hizo Hitoshi —dijo Eijiro—. Me volteé y, de repente, allí estaba —bam— justo frente a mí.

Los sentimientos heridos de Tsuyu permanecían, sin ser abordados, pese a su intento de desviar la atención del punto de conflicto, y observé cómo sus dedos apretaban los pliegues de su falda con tensión.

—He notado que tú también haces eso —dijo Momo con mucho cuidado—. Claro que no hay nada de malo en hacerlo.

Estaba más que consciente de mi tendencia a perderme en pensamientos, pero el objetivo aquí no era hablar de mis propios problemas; era mantener al grupo funcionando a un nivel que preservara la cohesión. Arruinar la segunda oportunidad antes de que la primera siquiera concluyera no era algo que estuviera dispuesto a permitir.

—Mis defectos no son relevantes para la discusión actual —manifesté—. Creo que Tsuyu estaba esperando que Eijiro explicara por qué le costaba mirarla a los ojos.

Eijiro pareció comprender que no permitiría que la conversación se desviara, pues respiró profundamente, y luego aplaudió con ambas manos contra sus mejillas. El golpe fue lo suficientemente fuerte como para que el sonido se escuchara en todo el vagón del tren—, y lo repitió una vez más, más fuerte que la anterior, dejando tras de sí un rubor por el impacto. Con satisfacción, se volvió para hacer contacto visual con Tsuyu por primera vez en rato, y luego habló.

—Está bien, mira —lo siento, pero no puedes apartar la vista, y eso me empezó a poner un poco nervioso —admitió—. No dejaba de pensar que querías que dijera algo, pero no lograba entender

qué.

—Hago demasiado contacto visual —dijo Tsuyu, mirando en torno a todos ellos—. ¿Eso es todo?

—Eso es, simplemente —admitió Eijiro—. No quería decir nada porque pensaba que eso te podría hacer sentir mal.

—Ya me siento mal de todos modos, porque ahora todos creen que soy estúpida —dijo Tsuyu, bajando la mirada a su regazo—. ¿Me pueden decir de una vez que deje de mirar fijamente?

Momo giró en su asiento y bajó la mano para ponerla sobre el antebrazo de la otra chica, sorprendiendo a Tsuyu, quien levantó la vista rápidamente.

—No creo que seas estúpida, Tsuyu —dijo Momo—, te lo prometo.

—Yo tampoco —añadió Mina.

—Te lo diré la próxima vez, puedes confiar en ello —dijo Eijiro—. Ahora, ¿podemos hablar de algo que no me haga sonar como un imbécil?

—Tema no encontrado —anunció Mina con una expresión fingida de tristeza—. Por favor, amplía los parámetros de búsqueda.